

LA TEORÍA SOCIOLOGICA Y SUS «ENEMIGOS»: ELEMENTOS PARA UNA HIPÓTESIS

Alberto Silva Castro
(*Universidad Autónoma de Barcelona*)

Este artículo intenta desarrollar problemáticas bastante amplias en un espacio sumamente breve. Su correcta comprensión aconseja, en consecuencia, comenzar precisando algunos puntos.

1. *Se trata de una hipótesis*, asignándole al término el sentido popperiano de «conjetura» y entendiendo ésta en una doble dirección: como juicio previo sobre la explicación global de un fenómeno (en nuestro caso: la historia de la teoría sociológica); y como criterio para encontrar una argumentación que fundamente racionalmente dicha explicación (en nuestro caso: la historia de la teoría sociológica en sus relaciones con la historia del conocimiento científico).¹ Cabe entonces considerar este artículo como la propuesta de un simple criterio de lectura (entre otros posibles) y no como una verificación apodíctica.

2. *Se trata de un trabajo en curso*. El texto del artículo no es otra cosa que la presentación sintética de las dos primeras partes de dicha hipótesis. La cual, en ciertos aspectos, tiene en su haber investigaciones que le otorgan «verosimilitud», pero que, en otros casos, plantean futuras exploraciones para ver en qué medida los hechos «la corroboran» o «la falsean».

1. Karl Popper lo explica en *La lógica de la investigación científica*, Tecnos, Madrid, 1967. Véase también la aplicación que hace Salvador Giner de este punto de vista en *Sociología*, Península, Barcelona, 1983, 17.ª ed., pp. 11-82, etc.; y en *El progreso de la conciencia sociológica*, Península, Barcelona, 1974, cap. 1.

No se tome entonces como conclusivo lo que está planteado únicamente como un primer paso.

3. *Se trata de una reflexión sobre el conocimiento sociológico.* El artículo no se interesa tanto por las ideas «sobre la sociedad» sustentadas por los diferentes sociólogos mencionados, sino por su lógica (o tipo de argumentación).² Y en ese punto partimos de la constatación de una estrecha relación de la disciplina sociológica, desde sus inicios, con las teorías y metodologías de la ciencia natural (especialmente la física y la biología). Nuestra reflexión no invalida la afirmación corriente de que la sociología «nace» como consecuencia de la revolución francesa o de la revolución industrial. Únicamente intentamos argumentar que, en tanto que disciplina moderna del conocimiento de lo social, la sociología nació «mirando de reojo» las ciencias naturales y que esa tendencia sigue siendo perceptible en cada una de sus etapas posteriores.

4. *Se trata de una aproximación crítica.* Básicamente porque plantea que la sociología encuentra y construye su lugar teórico a base de cuestionar (simultáneamente) dos grandes modos de discurso que, a la larga y a la corta, pretenden llegar a ser verdaderas explicaciones de la vida social: ciertos discursos que hoy calificaríamos de «vulgares», «prenocionales», «espontáneos», y ciertos otros discursos que, a su vez, cabría llamar «cientificistas». Este cuestionamiento constituye una verdadera batalla. Y por eso se utiliza en muchos momentos aquel lenguaje de la epistemología geneticista francesa (y especialmente de Bachelard) que vincula el esfuerzo teórico al ejercicio de una «razón polémica», la cual «lucha» contra los «enemigos» que intentan desviarla de su camino, considerando que la elaboración teórica consiste, entre otras cosas, en una «estrategia» de superación de una serie de «obstáculos» epistemológicos.³

5. *Se trata de un instrumento de reflexión.* Si bien estimamos que nuestro planteamiento se apoya en fundamentos que se pueden considerar válidos, lo que más deseáramos es que suscitara respuesta y comentario. La crítica, la objeción, la sugerencia o la pregunta aclaratoria constituyen valiosas aportaciones al trabajo de cualquiera que estudia una temática. Nosotros creemos en el aprendizaje y deseamos aprender en el intercambio, tanto es cierto que «el educador debe ser educado».⁴

2. Hacemos inicialmente nuestro (aunque acabemos reformulándolo) el criterio planteado por Pierre Bourdieu en varias de sus obras: *El oficio de sociólogo*, Siglo XXI, Madrid, 1976, pp. 16 y ss., y *La distinción*, Taurus, Madrid, 1988, cap. 1.

3. Ver, especialmente, Gaston Bachelard, *La formación del espíritu científico*, Siglo XXI, Madrid, 1985, cap. 1, 2, 5 y 6.

4. Tal vez no en el sentido de que alguien posea un saber absoluto y definitivo, sino más bien en aquel sentido foucaultiano de la reflexión como constante aprendizaje,

I. LA TEORÍA SOCIOLÓGICA «CLÁSICA»
Y LA IDENTIFICACIÓN DEL PRIMER «ENEMIGO»:
LA SOCIOLOGÍA ESPONTÁNEA

1.1. Si queremos esclarecer las condiciones epistemológicas que hicieron posible el nacimiento de esa peculiar disciplina de conocimiento a la que llamamos «sociología», hemos de centrarnos rápidamente en *un horizonte discursivo dominado por las ciencias dichas «exactas»*.

Dicho de otra manera: afirmar que, desde la antigüedad griega, el discurso de las ciencias físico-naturales ha predominado sobre cualquier otro, significa plantear que los datos teóricos ya estaban echados cuando surgió la sociología. Vayamos paso por paso.

a) Lo que diversos autores contemporáneos⁵ han vuelto a llamar «realismo gnoseológico» no es sino una forma cómoda de identificar lo que ha constituido una afirmación fundamental del pensamiento occidental: la superioridad del conocimiento científico (es decir, de la ciencia «natural» o «exacta») sobre cualquier otra modalidad de conocimiento (científico o no). Como se sabe, las ciencias naturales (y, desde Newton, específicamente la física) se consideran a sí mismas como un modo de conocimiento superior:

— Su método pareciera ser el único «independiente» de tiempos, lugares y personas.

— Sus afirmaciones poseen, más que las provenientes de otras metodologías de conocimiento, «validez general».

— Los resultados de su aplicación («la técnica») han permitido transformaciones evidentes y espectaculares por todos conocidas.

— Sus practicantes constituyen desde hace varios siglos una de las comunidades intelectuales más influyentes en las naciones más poderosas del planeta.

— Las afirmaciones de la ciencia han pasado cada vez más a constituir

o como incesante crítica de los propios supuestos, verdadero «des-saber». Ver Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI, México, 1968.

5. Después de un largo período de latencia, la concepción del conocimiento científico como «realista» vuelve a la terminología y a la mentalidad de múltiples e importantes filósofos de la ciencia. Para citar algunos ejemplos especialmente significativos, véase W. H. Newton-Smith, *La racionalidad de la ciencia*, Paidós, Barcelona, 1981, especialmente pp. 51-55; Karl Popper *o.c.*; C. G. Hepel, *La explicación científica*, Paidós, Barcelona, 1979; Mario Bunge, *Racionalidad y realismo*, Alianza, Madrid, 1985, cap. 3.

el discurso oficial más asimilado por la conciencia individual moderna y, a la vez, el más generalizado en las sociedades occidentales.

b) Según múltiples y coincidentes aseveraciones provenientes del campo de «la ciencia», el *conocimiento científico* sería «superior» a cualquier otro en virtud de sus mismas características constitutivas:

Su *objetividad*

- Existe un «orden» objetivo y exterior en la realidad.
- Este orden se puede «conocer».
- El conocimiento del orden natural es (o puede llegar a ser) «exacto».

Su *universalidad*

- El orden del mundo se puede «legislar», ya que los fenómenos de la naturaleza se producen uniformemente.
- El orden del mundo se puede «medir», ya que dichos fenómenos responden habitualmente a características constantes.
- El orden «natural» del mundo se puede transformar, vía método científico, en un orden «legal».

Su *autonomía*

- Entendida en primer lugar como «capacidad interna» para generar un método capaz de llegar hasta el fondo de las realidades que estudia.
- Entendida, consecuentemente, como «capacidad externa» para luchar contra la heteronomía (o la dependencia) de los otros métodos de conocimiento.

c) Si este discurso científico de tipo «realista» ha tenido tantísima influencia en el modelado tanto de la conciencia moderna como de las nuevas disciplinas de conocimiento, sin duda ha sido porque a su *eficiencia teórica* (vale decir: su capacidad de contribuir al diseño de una cosmovisión, de un horizonte mental, de una interpretación razonada de la realidad global), «la ciencia» ha unido una innegable *eficiencia práctica* (en la investigación empírica, en la planificación y hasta en la previsión).

Expresado en otros términos: la «verdad» de la cosmología científicista

acabó siendo la aplicación consistente de un método regido por lo que se ha llamado el «paradigma de la simplificación»:

— Una cierta «objetividad» basada en el aislamiento del objeto respecto de su entorno.

— Una cierta «universalidad» basada en la búsqueda de principios de orden y de leyes máximamente invariables.

— Una cierta «autonomía» basada en la búsqueda de las unidades elementales de los procesos estudiados.⁶

1.2. *La sociología constituyó, al nacer, una pieza más en una taxonomía del conocimiento dominada por la premisa de la superioridad del conocimiento científico.*

a) La dualidad del conocimiento ya estaba inscrita desde antiguo en la más rancia tradición occidental: desde los griegos hasta Leibniz, e incluso luego hasta la tradición filosófica alemana del siglo XIX, las clasificaciones del conocimiento siguieron apoyándose en la famosa dicotomía platónica entre una «*episteme*» (conocimiento riguroso y metódico de las cosas en sí, ejemplificado por la lógica y la matemática, aptas para la formalización) y una «*doxa*» (opinión imprecisa y fácilmente mudable, inmediatamente asimilada a lo que actualmente llamamos el «conocimiento vulgar»)⁷.

b) Windelband actualizó dicho planteamiento, distinguiendo entre un «conocimiento histórico» (no apoyado en la aplicación de leyes naturales, sino en el descubrimiento o constatación de «normas ideales a tenor de las cuales se enjuicia el valor de lo que acaece», o sea, procediendo por interpretaciones sujetas a criterios valorativos) y un «conocimiento natural» (producto de la aplicación de los criterios anteriormente expuestos). La diferencia entre ambos vendría dada por tratarse el primero de un conocimiento de lo particular, lo especial y lo transitorio, fundado en valores más o menos compartidos, y por constituir el segundo un conocimiento de lo general y lo permanente, basado en constancias observables. El conocimiento natural se llamó, desde entonces, «*nomotético*» (capaz de leyes, legisla-

6. Útiles precisiones sobre dicho «paradigma de la simplificación» en Edgar Morin, *Ciencia con conciencia*, Anthropos, Barcelona, 1984, pp. 46 y ss., 357 y ss.

7. La mención de Platón para nada es ajena a las preocupaciones de la sociología contemporánea, tal como lo explica Alvin Gouldner en *La crisis de la sociología occidental*, Amorrortu, Buenos Aires, 1979, p. 9; y también en *Enter Plato*, Basic Books, New York, 1967.

dor, legislativo), y el histórico «*idiográfico*» (descriptivo, original, particular).⁸

c) Lo interesante de esta problemática, a efectos de nuestro estudio sobre la teoría sociológica, es la «vuelta de tuerca» que la tradición científica realista operó sobre esta dicotomía tradicional (al mismo tiempo platónica, leibniziana y rickertiana).

Lo que había sido diferencia y complementariedad entre métodos autónomos se acabará transformando en superioridad del conocimiento nomotético sobre el idiográfico. El dualismo será, antes que nada, una diferencia de objeto (sólo habría *un* método digno de ese nombre: el de la ciencia natural) que distinguirá a la ciencia de lo general invariable de toda una serie de disciplinas (más o menos inconsistentes) de lo particular contingente. La ley primará sobre el valor, lo general sobre lo particular, la formalización sobre la interpretación. Dicho en lenguaje contemporáneo, las ciencias «blandas» dependerán de las «duras»: las ciencias naturales han de guiar a las humanas.⁹

Al final se terminó imponiendo una taxonomía del conocimiento, según la cual lo nomotético no solamente designaba el conocimiento de lo general invariable, sino que se identificaba con el patrón o modelo de conocimiento «*sustancial*», «*esencial*». Por su parte, lo idiográfico incluía no solamente aquel conocimiento de lo particular transitorio, ya que constituía, además, la expresión de un conocimiento considerado «*aleatorio*».

Esto significó otro retorno al más puro esquema platónico: la «episteme», *conocimiento de lo indiscutible*, opuesta a la «doxa», *conocimiento de lo opinable*.

En vez de ser considerada una síntesis entre leyes y valores, la «razón» pasó a ser entendida como desarrollo de una lógica legislativa, cuantitativa, formalizadora, como un esfuerzo por subsumir lo particular en lo general.

Lo idiográfico pasó a designar aquellas secuelas de las carencias y debilidades de las «ciencias del espíritu», seña de identidad de cierto infantilismo epistemológico o de una acusada dificultad para emanciparse.¹⁰

8. W. Windelband, *Preludios filosóficos*, Rueda, Buenos Aires, s/f, pp. 311 y ss.; cf. también la excelente síntesis de Víctor Abreu, *Nomotético Idiográfico*, en «Terminología Científico-social», Anthropos, Barcelona, 1988, pp. 683-691.

9. Karl Popper, «La ciencia es una de las pocas actividades humanas —quizá la única— en la cual los errores se critican sistemáticamente y, muy a menudo, se corrigen con el tiempo... En otros terrenos hay cambio, pero raramente progreso» (*Conjeturas y refutaciones*, Paidós, Barcelona, 1982). Citado por Newton-Smith, *o.c.*, p. 13.

10. La reflexión de Jürgen Habermas es decisiva para la comprensión de esta lenta y progresiva hegemonía histórica. Ver *Teoría de la acción comunicativa*, Taurus, Madrid, 1988, tomo I: 1.ª parte (cap. 1 y 2); 2.ª parte (cap. 1).

1.3. En tales condiciones, y como no podía ser menos, *la sociología nació «mirando de reojo» a las ciencias naturales.*

a) Adoptó las grandes *orientaciones cosmológicas* de la ciencia clásica. De la física newtoniana adoptó la metáfora de la sociedad como «mecanismo», como «máquina» (la sociedad fue vista desde entonces como sistema, estructura, edificio, mecánica, física...). De la biología aristotélica conservó el símil de la sociedad como «organismo», como «cuerpo» (veremos la importancia de la noción —biologista— de «consenso» para la caracterización comtiana de «lo social»). De la psicología fenomenológica o humanista tomó la intuición de la sociedad como agrupación voluntaria o consciente.¹¹

Por vía de consecuencia, la sociología se inició adoptando también las grandes *opciones metodológicas* de las ciencias naturales:

El intento de separar tajantemente (al menos en los papeles) el sujeto observador del objeto observado, como fundamento de la propia objetividad.

El esfuerzo por transformar el orden social en un orden legal, como prenda de la universalidad de sus observaciones sobre la sociedad.

Aquel modelo de la simplificación antes aludido, como punto de arranque de una mayor eficiencia metodológica.

b) En cierta forma, aunque la joven sociología europea se mostraba ufana portadora de cierta «*superioridad ética*», no deja de ser verdad que *nació con un decidido «complejo de inferioridad teórica»*. Porque es bien cierto que la sociología pretendía contribuir a una resolución futura de los problemas del presente, ya consistiera su proyecto en un revolucionario cambio de órbita de las relaciones sociales o en el restablecimiento de un orden antiguo conmocionado por la asonada del 89 y por la mecanización de la industria.

Pero, por otra parte, si se aceptaba que la «objetividad» consistía en la fractura definitiva entre sujeto y objeto, ¿cómo manejar la inevitable inclusión del sujeto observador en el objeto observado, propia de la sociología?

Y si se postulaba que no había otra «universalidad» fuera de la legiti-

11. Sobre el contenido metafórico de los «discursos vulgares», ver George Lakoff y Mark Johnson, *Metáforas de la vida cotidiana*, Cátedra, Madrid, 1986. Sobre la utilización de la argumentación metafórica en el discurso sociológico, ver Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Rhizome. Introduction*, Minuit, París, 1976; Richard Brown, *A poetic for sociology. Toward a logic of discovery for the human sciences*, Cambridge U. Press, Londres, 1977.

mación de observaciones repetibles y con rasgos constantes, ¿qué pensar del carácter habitualmente no generalizable de sus observaciones?

Si, por último, la salvación metodológica sólo podía proceder de la aplicación de un modelo simplificador, ¿qué hacer con la tendencia fatalmente complejizadora del conocimiento sociológico?

c) A la sociología se le planteaban así *dos posibilidades divergentes*:

— O bien luchar (agónicamente) por elaborar una epistemología punto por punto inversa a la de las ciencias duras, erigiéndose en alternativa de sentido común.

— O bien luchar (no menos agónicamente) por controlar (ya que la completa superación a muchos podía parecerles irrealizable) los diferentes «obstáculos» recién apuntados, por la vía de la imitación de los principios lógicos y metodológicos de las ciencias naturales y formales.

Una *estrategia de la mimesis*, que refería la teoría sociológica sistemáticamente a la teoría científica, llegando a trasladar mecánicamente a la sociología diversos formalismos y rituales de las ciencias duras.

Una *estrategia de la alternativa*, que consideraba la teoría sociológica sistemáticamente como un esfuerzo por elaborar un modo de conocimiento diferente (y hasta ajeno) al de la teoría científica, como una especie de verbalización docta del sentido común.

1.4. Lo propio de la situación epistemológica de finales del siglo XVIII y principios del XIX era que, todo y existiendo un sector que planteaba guerra epistemológica al realismo gnoseológico, *la estrategia que finalmente predominó* (a juzgar por la cantidad y calidad de sus producciones teóricas) fue la que propugnaba una *máxima adaptación lógica y metodológica de la sociología a la ciencia natural* de ese entonces y, muy especialmente, a la biología.

Si el caso de Auguste Comte parece sumamente significativo es, básicamente, a la luz del triunfo final de la que hemos considerado una «estrategia mimética».

Antes de ser una doctrina con límites precisos, el positivismo ha constituido, en la historia del pensamiento occidental, un estilo o talante intelectual que acentúa la importancia de los órganos de los sentidos en el conocimiento de lo cierto, de lo efectivo, de lo verdadero. En tal sentido, muchos pensadores eran «positivistas» antes de que se inventara el término, así como otros lo han sido de forma diferente o independiente de los planteamientos de Comte. Centrarse en la figura de Comte no se debe tanto a su «invención» de los términos «sociología» o «positivismo» sino, sobre todo,

al hecho de que algunas de sus propuestas teóricas influyeran de forma decisiva en la sociología del siglo XIX e incluso en la del siglo XX, como lo prueba, entre otras, la obra de Emile Durkheim.

Comte acuñó la sociología en el positivismo. Afirmación ésta que vale la pena desarrollar en los diversos planos en que el mismo Comte situó su reflexión.

a) *En tanto que teoría de la ciencia, el proyecto comtiano resulta fácilmente homologable a los más estrictos postulados del aquí llamado «realismo gnoseológico».*

Las posiciones de Comte constituyen una versión aplicada de ciertas tesis empiristas clásicas. Para Comte, el conocimiento objetivo de la sociedad encuentra su garantía de verdad en la *observación* empírica de sus particulares manifestaciones objetivas: las instituciones o, empleando su lenguaje, la «estática social».¹² Si la significación de la vida social está íntegramente contenida en la verificación de esas expresiones particulares, se entenderá mejor la tenaz oposición comtiana no sólo a cualquier óptica metafísica, sino también a cualquier explicación de la vida social que, con vistas a lograr la totalidad, se apoyara en suposiciones meramente «filosóficas» como, en su opinión, era el caso del enciclopedismo o del racionalismo dieciochescos.

Por otra parte, el único conocimiento de la realidad social que, a ojos de Comte, merece llamarse ciencia es aquél capaz de descubrir las *leyes* de su funcionamiento (leyes generales subyaciendo a las normas), cosa que Comte no se privará de hacer al caracterizar la evolución de la humanidad (o, al menos, de la sociedad francesa que tenía ante sus ojos) como un lento traslado desde un «estadio» «teológico» a otro «científico», atravesando el largo corredor «metafísico» o «filosófico». La teoría sociológica vendría así a constituir el desarrollo de una serie de leyes que describen el funcionamiento sincrónico y diacrónico de la sociedad: a la estática social se agrega una «dinámica» correlativa. Pero que no surjan confusiones: en la óptica comtiana, «la» sociedad (toda sociedad) se puede definir como un sistema ordenado y complementario de elementos de «orden» y de elementos de «progreso», los segundos en estrecha dependencia respecto de los primeros: el progreso no es más que el desarrollo del mismo orden, lo que, expresado en términos comtianos, equivale a afirmar que «la naturaleza humana evoluciona sin transformarse».¹³

Planteados así los términos del problema, la sociología es (o ha de pro-

12. A. Comte, *Catéchisme positiviste*, Garnier, París, 1966; y Raymond Aron, *Les étapes de la pensée sociologique*, Gallimard, París, 1967, pp. 105 y ss.

13. R. Aron, *o.c.*, pp. 82 y ss.

curar ser) una ciencia que hace posible *la previsión y el control racionales* de los eventos específicos de la realidad social. Su misión es aplicar la verdad de sus descubrimientos a la consecución de un progreso histórico. Su meta es favorecer (modelar) el avance hacia la organización tecnológica de la sociedad, es decir, una organización más y más racional.¹⁴

b) Aún más específicamente, si se quiere, *en tanto que teoría de la sociedad, los planteamientos de Comte también son sumamente fieles a la lógica del cientificismo decimonónico.*

Con toda justicia puede considerarse a Comte como uno de los «fundadores» de la sociología (aún reconociéndole su evidente filiación saint-simoniana), sobre todo por haber puesto en claro la especificidad de lo social. En toda su obra otorga especial importancia a la noción de «*consenso*». De categoría biológica (el consenso expresa tanto el concierto entre los diferentes órganos de un ser vivo como la relación de cada ser vivo y su entorno), el «consenso» pasa a ser el concepto fundante de la sociología: toda sociedad existe en la medida en que existen en ella niveles suficientes de consenso: al mismo tiempo de «*acuerdo social*» (Comte hace reposar dicho acuerdo sobre «*creencias*» o «*ideas*» comunes, abriendo así el camino a la noción durkheimiana de «*conciencia colectiva*») y de «*cohesión social*» (apoyada, esta vez, en comportamientos comunes, los cuales se producen más por vía de coacción que por medio de negociación).

Sobre la hipótesis biológica de un consenso, Comte edifica su teoría de la sociedad como un «*orden*». La sociedad es presentada como un conjunto o sistema autosubsistente. La vida social debe finalmente bastante poco a las intenciones o estrategias de los que llamaríamos «*actores sociales*», ya que toda ella se explica y se determina por el juego necesario de sus mecanismos. En una línea que atraviesa todo el pensamiento occidental, uniendo a Aristóteles con el funcionalismo o con Luhmann, el orden social no es algo que los hombres crean y recrean, sino un estado natural y necesario. El orden social llega a ser en el hombre casi lo que los ciclos (biológico, temporal y espacial) son para las especies animales.¹⁵ Por eso es que el orden social evoluciona de forma «*inevitable*» (casi se diría: implacable) de acuerdo con la *ley de los tres estados*. Si las etapas de evolución

14. Véase su precursora concepción de la sociedad industrial, fundada en la organización científica del trabajo, en una producción amplificada por el recurso sistemático a nuevas técnicas, en la libertad de intercambios comerciales y en la configuración de un sistema social dual patronos/obreros. Cf. *Cours de philosophie positive*, Schlicher, París, 1907-1908, tomo IV, pp. 138 y ss. Citado tb. en Emile Bréhier, *Histoire de la philosophie*, Alcan, París, 1932, tomo II, 3.ª parte.

15. Sobre «consenso» y «orden»: cf. Raymond Boudon y François Bourricaud, *Dictionnaire critique de la sociologie*, PUF, París, 1986, pp. 86-87.

histórica son fijas, igual que la naturaleza humana presenta características permanentes, se sigue que las leyes de la dinámica social son aplicables a cualquier sociedad, en cualquier período de su historia.

1.5. La significación de la obra comtiana radica en su clara afirmación de que, casi de forma instintiva, *la tarea de toda ciencia comienza en el momento de oponer el conocimiento científico al saber vulgar*. Desde Comte, la sociología ha incorporado como premisa inicial aquella división platónica entre «doxa» y «episteme». Si ha de ser ciencia, su esfuerzo fundamental tendría que ser constituirse como conocimiento riguroso que «niegue» los rasgos constitutivos de la doxa: la subjetividad, la imprecisión, la inconsistencia. La sociología se torna ciencia en el momento de vencer al sentido común.

La noción de «sentido común»¹⁶ caracteriza, quizá mejor que cualquier otra, los rasgos de esa «ignorancia» contra la que el positivismo forjó su proyecto epistemológico. El positivismo no es otra cosa que el comienzo de una sociología negadora del sentido común.

En alguna medida, desde Auguste Comte, la sociología empezó a comprender que para ser algo más que una doctrina aproximativa de la vida social tenía que centrar sus esfuerzos en *luchar contra los discursos ya existentes sobre la vida social*. Tanto los espontáneos («vulgares»), como los sistemáticos («metafísicos»), como finalmente los vulgarizadores. De esa lucha surge la posibilidad, la necesidad, de *establecer su propio discurso*: un discurso nocional, académico y crítico.¹⁷

Vista desde el ángulo más favorable posible, la sociología comtiana busca el triunfo de la ciencia sobre la pasión, el prejuicio y la ignorancia. Y en ese sentido, ¿quién duda que a todo sociólogo le cabe comenzar siendo positivista?

16. Noción contemporánea, fruto de una larga maduración desde Kant. Ver Pierre Bourdieu, *El oficio de sociólogo, o.c.*, pp. 27-50, en la línea de su planteamiento, algo comtiano y durkheimiano.

17. La obra de Comte deja en claro hasta qué punto la propia identidad intelectual se construye, en buena medida, por oposición o en polémica con todo lo que se opone a la consecución de su proyecto: la «filosofía», la «subjetividad», el «oscurantismo religioso», la nostalgia del pasado...

II. LA TEORÍA SOCIOLOGICA «MODERNA» Y LA CONSOLIDACIÓN DE UN SEGUNDO «ENEMIGO»: LA SOCIOLOGÍA CIENTIFICISTA

Además de asegurarle a buena parte de la sociología de los siglos XIX y XX un sello científicista, la síntesis comtiana podía hacer pensar que la sociología se situaba en el ápice del edificio del conocimiento. En el caso de los más relevantes teóricos de la sociología moderna, sin embargo, las duras exigencias de la investigación empírica (que, en la práctica, Comte dejó de lado) exigían el cuestionamiento de una síntesis ciertamente reveladora de toda la primera etapa del conocimiento sociológico, pero, al mismo tiempo, bastante fantasmiosa e incluso alejada en la práctica de sus propios postulados teóricos.

Entenderemos por «sociología moderna» aquella que, sin descabalgarse de la crítica del sentido común, fue capaz de iniciar un sistemático combate contra los excesos del planteamiento científicista.

Y entenderemos por *sociólogos «modernos»*, a efectos de esta exposición, básicamente a Karl Marx, Emile Durkheim y Max Weber. Cada uno de ellos constituye la iniciación y la personificación de teorías de la sociedad paradigmáticas de lo que hoy en día sigue siendo la producción teórica en materia de sociología (teorías del conflicto, teorías del consenso, teorías de la acción o de la racionalización); los tres juntos contribuyeron significativamente a darle a la sociología el sedimento epistemológico indispensable para que sobre ellos pueda seguir avanzando la especulación sobre su propio conocimiento.¹⁸

18. Doble opción la que aquí se plantea: Por un lado considerar a los grandes autores sociológicos como «modelos» de elaboración teórica, utilizando el término «modelo» en su acepción de «matriz», molde argumental o recipiente lógico que puede dar forma a diversos contenidos. Es en ese sentido que Habermas estudia a Marx y a Weber en el texto antes citado, mientras que Bourdieu sostiene idéntica actitud con los tres grandes sociólogos de la modernidad. Carlos Moya procede similarmente en su *Teoría sociológica*, Taurus, Madrid, 1982, sec. II, cap. 4. Por otro lado, tratar a dichos autores como «modelos» en una segunda acepción más «normativa»: la de «espejo» en el que observarse, dado el reconocimiento del tratamiento «ejemplar» dado por ellos al problema de elaborar grandes «relatos» sobre la vida social. Ver Robert Nisbet, *La formación del pensamiento sociológico*, Amorrortu, Buenos Aires, 1969, 1.º vol., cap. 1; y José E. Rodríguez-Ibáñez, *El sueño de la razón*, Taurus, Madrid, 1982, cap. 2. De cierta manera, esta «opción de doble filo» se aproxima a la manera en que Thomas Kuhn considera su propia noción de «paradigma» como «modelo o patrón aceptado». Consultar *La estructura de las revoluciones científicas*, FCE, México, 1975, pp. 51 y ss.; y también las ya clásicas observaciones de Margaret Masterman, *La naturaleza de los paradigmas* en Lakatos y Musgrave (ed.); *La crítica y el desarrollo del conocimiento*, Grijalbo, Barcelona, 1975, pp. 159-201.

2.1. Sobre la «objetividad», según la sociología moderna

Una de las preocupaciones más constantes de la teoría sociológica moderna sin duda ha sido la tan comentada «objetividad» de las ciencias duras. Al igual que cualquier niño dotado de alguna característica fuera de lo común, la sociología creció conviviendo con lo que llegaría a considerar un rasgo característico: *la inclusión del sujeto observador en el objeto observado*. Según la sociología positivista, dicha dificultad de ruptura no era otra cosa que un rasgo infantil (no forzosamente congénito) a superar, ya que sin dualismo la objetividad jamás sería posible. La sociología se crió consciente de lo que durante largo tiempo consideró como una tara (un «obstáculo», diremos desde Bachelard) al conocimiento.

a) El punto de vista positivista perduró en buena parte de la sociología decimonónica. La misma proliferación de «escuelas» sociológicas dejaría en evidencia, ante sus propios ojos, radicales desacuerdos existentes en materia de selección de problemas fundamentales y de explicitación de una forma de estudiarlos. A medida que se multiplicaban los «diagnósticos» sobre la realidad social, más discutibles iban pareciendo a ojos de unos las opiniones de los demás. La «razón polémica» no podía ejercitarse en el terreno epistemológico, preocupada como estaba zanjando desavenencias doctrinales.

Ninguno de los tres sociólogos modernos que hemos escogido para nuestra muestra de paradigmas teóricos fue capaz de desvincularse completamente de estos lances. Pero, de todas maneras, si pueden continuar siendo considerados modélicos, esto se debe a que, por debajo (y, en parte, a pesar) del componente ideológico de sus planteamientos, supieron cultivar y regar la delicada flor del conocimiento teórico.

Su camino fue ir comprendiendo (de diversas maneras, según la orientación gnoseológica de cada cual) que *algo fallaba en el planteamiento positivista y en su traducción comtiana*. Tal y como estaban definidos sus términos, «positivismo» y «humanismo» eran enfrentados en lo que divergían sin ser, en cambio, aproximados en aquello en que se empezó a percibir como convergente. La oposición humanismo/positivismo constituía una falsa discusión. En cuanto postulaba la radical subjetividad de los hechos sociales, al pensamiento social clásico (tanto el de cuño aristotélico como el de orientación hobbesiana) se le achacaba desde la ciencia una sumisión ciega a afirmaciones esencialistas, sin contrastarlas con datos en contrario (sus afirmaciones podían llegar a ser falsas a fuerza de no poder ser «falsables», diríamos hoy con Popper). Pero, ¿acaso no pecaba también el positivismo de ciega sumisión, esta vez ante los fenómenos exteriores, al postular (desde diversas versiones del empirismo) que los hechos socia-

les son tal y como se muestran... pudiendo ser aprehendidos fuera de toda subjetividad?¹⁹

Lo que por comodidad podemos denominar «humanismo», ciertamente intentaba reducir la teoría sociológica a una serie de principios atemporales, fundamentados en el carácter invariable de la naturaleza humana (Aristóteles, San Agustín, realismo medieval), o a una interpretación de la vida social donde lo colectivo se comprendería por simple y directa analogía con el inalterable polo de lo individual (Hobbes, Rousseau, teorías del contrato social). La crítica positivista, la del pasado y la del presente, ha seguido insistiendo en este punto.

Pero, complementariamente, lo que solemos entender como positivismo también intentó reducir la teoría sociológica: o a una rasante y utilitarista reflexión sobre «el» método, o a una pura explicación *a posteriori* de la vida social como una aplicación más o menos mecánica e inmediata de la creencia en una cierta reversibilidad entre el orden natural y el orden cognoscitivo.²⁰

La sociología moderna pudo constituirse como teoría sociológica cuando aprendió a dirigir sus *críticas en una doble dirección*:

— En la dirección de una crítica del postulado de la «*transparencia de lo social*», basado en la afirmación de cierto parentesco lógico en las configuraciones del sujeto y del objeto y, por consiguiente, en la creencia en el carácter espontáneamente reflexivo de las acciones humanas.

— Y, al mismo tiempo, en la dirección de una crítica del postulado de la *separación metodológica tajante sujeto/objeto*, basado en la convicción de la existencia de una realidad exterior, independiente y constante.

Si se mira bien, la teoría sociológica estaba comenzando a atacar un dogma que, paradójicamente, constituye la poderosa raíz común tanto de humanismos como de positivismos: el dogma realista de la «correspondencia» entre el universo y su conocimiento, entre el orden natural y el orden científico, entre el orden de los acontecimientos y el de su intelecto.

19. La mención a las teorías sociales de Aristóteles (en *La ética a Nicómaco* y en *La política*) y de Hobbes (sobre todo en *Leviathan*) no es gratuita, dada la constante preocupación de Comte y, en su huella, de muchos sociólogos posteriores, por desmarcarse al mismo tiempo de las teorías «naturalistas» de la vida social y de los planteamientos «contractualistas» aparecidos con motivo del movimiento ilustrado. Ver Salvador Giner, *Historia del pensamiento social*, Ariel, Barcelona, 1982.

20. Los «neopositivistas» afirmarán que los términos teóricos son prescindibles (Carnap, Bridgman). Los «fenomenistas» sostendrán que sólo podemos conocer las apariencias o fenómenos (en la tradición empirista).

ción. Si esa correspondencia no existe, significa que hay una «ruptura» entre las proposiciones «de hecho» y las proposiciones «de razón» (para hablar como Leibniz), cabiéndole a la elaboración teórica la misión de construir un puente entre lo que se ve y lo que se sabe. La teoría existe si (y solamente si) se denuncia el carácter engañoso de tal «correspondencia». La teoría sociológica comienza a existir sobre la base (o en el filo) de esta doble crítica apuntada, y que no es otra cosa que la aplicación al terreno sociológico de una nueva convicción (nacida en aquellos sectores de la epistemología que supieron reaccionar contra tanto realismo objetivista): la primacía de los términos teóricos sobre los términos observacionales.

Por consiguiente: la realidad social es opaca; la teoría sociológica intenta proponer ciertas reglas de lectura a fin de poder orientarse en esa inicial oscuridad; esas reglas no son «objetivas» en el mismo sentido en que la ciencia realista postulaba la objetividad.

Aquí llegamos al punto crucial: para poder comprender la forma en que a la sociología moderna se le ha planteado el problema de la objetividad, hemos de comprender su paradójica situación de partida. Constitutivamente, *la sociología pertenece a dos mundos simultáneos*: al de lo objetivo y al de lo subjetivo; al de lo abstracto y al de lo concreto; al del pensamiento y al de la imagen. La mayor parte de los esquemas conceptuales que utiliza la sociología (sean éstos físicos, biológicos o ético-metafísicos) son comunes con los de los discursos científicos más divulgados y con el hablar cotidiano. La ambigüedad de muchas explicaciones sociológicas descansa precisamente en esta doble pertenencia. La fuerza de la teoría sociológica puede, al contrario, nacer (y nació, en torno a lo que llamamos sociología moderna) de la comprensión de esa necesidad de luchar contra el doble enemigo (en realidad: uno sólo, con dos caras complementarias) y elaborar su propia concepción de objetividad.²¹

b) Recordemos (brevísimamente, y sin que este sea el momento o el lugar de más amplios desarrollos) *de qué forma la sociología moderna fue construyendo su propia noción de «objetividad»*.

b1) Karl Marx

Buena parte de la sociología marxista, y en todo caso la concepción de Marx y de Engels, planteó desde su inicio la necesidad de crear un método de conocimiento de lo social que se apoyara firmemente con los pies en la tierra.²² Según Marx, la realidad social está invertida: la aliena-

21. S. Giner trata con acierto este tema en *El progreso de la conciencia sociológica*, o.c., 1.ª parte, cap. 2; 2.ª parte, cap. 2.

22. No se intenta afirmar que el centro de la teoría de Marx haya sido una «so-

ción es el mundo al revés. Y el conocimiento de esa realidad social también está «patas arriba»: «ideología» no es sino una manera de llamarle a todo un proceso de «inversión» de los datos exteriores para lograr que la versión «interior» se adecúe a la exterior y ambas piensen sus contradicciones como objetivas.

La lectura de diversos textos, los relativos a la ruptura con Feuerbach hasta llegar a *El Capital*, muestra la presencia del doble nivel de crítica a las falsas objetivaciones:

— Una crítica de ciertas dimensiones claves del conocimiento vulgar o espontáneo de su tiempo (ya planteada con agudeza en las llamadas «Tesis sobre Feuerbach», cuyo tema es, precisamente, sobre qué bases entender la objetividad del conocimiento humano), y muy especialmente de la religión, pasando al tamiz de la propia reflexión estudios materialistas anteriores.²³

— Una crítica de la epistemología tradicional tal como podía haberla planteado el idealismo hegeliano por una parte, y diversas teorías científicas materialistas por otra. Todas partían de la conciencia en lugar de partir de la realidad material (en un caso porque afirmaban la primacía del sujeto como fuente última del conocimiento de lo exterior; en el otro caso porque consideraban que la realidad exterior «se ofrecía» sin resistencia).²⁴

La ideología sería desde entonces esa visión (invertida) de la «forma nuclear interior» de los hechos, destinada a permitir una explicación (igualmente invertida) de la propia realidad, de forma que ésta deje de mostrar una serie de contradicciones que de momento, parecieran insolubles.²⁵

Si la verdad de la alienación reside en esta «doble inversión», la teoría sociológica permitirá, inversamente, la restitución de la realidad a sus fundamentos objetivos. El análisis sociológico desnudará los mecanismos estructurales y lógicos que han permitido esa des-objetivación y logrará sentar las bases de un conocimiento tanto más objetivo cuanto más ligado a las condiciones que, según la postura marxista, permiten la objetivación: las

ciología del conocimiento» sino que, en su esfuerzo por explicar la vida social, Karl Marx comenzó planteándose las condiciones de posibilidad de una lectura objetiva de los hechos sociales. Seguimos en este punto el planteamiento de Thomas Bottomore, *Diccionario del pensamiento marxista*, Tecnos, Madrid, 1984, pp. 159 y ss., 380 y ss., 400 y ss., etc.

23. *Tesis sobre Feuerbach*.

24. *La ideología alemana*.

25. *El Capital*, libro I, cap. 6; libro III, cap. 12

condiciones de la «práctica», a cuyo nivel el hombre puede probar la «verdad», la «realidad» y la «fuerza» de su pensamiento (tal como lo especifica la 2.^a tesis sobre Feuerbach).²⁶

b2) Emile Durkheim

El esfuerzo durkheimiano por sentar las bases de una objetividad sociológica parte de bases diferentes y nunca perderá cierta ambigüedad constitutiva.²⁷

— Por una parte, Durkheim constituye un fiel sucesor del positivismo comtiano, al punto de haberse convertido en blanco de muchos de los ataques de la epistemología geneticista en lo que va de siglo. Las «reglas» durkheimianas, al intentar estudiar los hechos sociales «como cosas» y al buscar establecer una epistemología apoyada en la inducción y en las regularidades estadísticas (cf. *Suicidio*), buscan establecer un cierto código de «objetividad». La sociología será una ciencia cuando logre explicar la materialización histórica de las estructuras objetivas, que son, a su vez, las que explican y estructuran a los individuos...²⁸

— Pero, por otra parte, en la línea de *Las formas elementales de la*

26. La noción de «praxis» emerge de los textos citados en las notas precedentes y se va constituyendo en argumento central para la doble crítica que desartolla Marx. Henri Lefebvre trata este tema en su *Sociologie de Marx*, PUF, París, 1974, cap. 2.

27. Es lo que plantea L. Rodríguez Zúñiga en *Para una lectura crítica de Durkheim*, Akal, Madrid, 1978; cf., pp. 20-21.

28. La preocupación central de la sociología durkheimiana no dejará de ser el estudio de la relación entre los individuos y la colectividad. En *De la division du travail social* (1893), la lógica argumental consistirá en apelar a un tipo de «solidaridad» basado en el doble juego de diferenciación y complementariedad entre individuos. Se servirá para ello de la supuesta analogía entre la interacción social y las relaciones que entre sí guardan los órganos de un ser vivo. Aparecerá entonces la aplicación a la sociedad de una óptica biológica: la sociedad constituye un sistema cuyas partes (los individuos) están definidas y determinadas por el todo. En consecuencia, la división del trabajo propia de cada sociedad puede ser definida objetivamente y estudiada científicamente como un hecho social, dotado de vida propia y enteramente observable desde el exterior. En *Le suicide* (1897), continúa con su demostración acerca de la prioridad histórica y lógica de la sociedad sobre el individuo, explicitando hasta qué punto la fuerza que determina los suicidios no es de orden psicológico sino social: los suicidios son fenómenos individuales cuyas causas son sociales. *Les règles de la méthode sociologique* (1895) constituye, por esos mismos años, un intento de sistematización de las reglas que permiten afirmar que la sociología es, verdaderamente, una «ciencia objetiva»: apoyándose en la posibilidad de una neta separación entre sujeto y objeto, puede desarrollar su conocida teoría del hecho social: «considerar los hechos sociales como cosas»: exteriores, constantes, inevitables. O sea: dotados de las características definatorias de la objetividad científica.

vida religiosa, que muchos consideran su obra más completa y madura, Durkheim desarrolla una concepción según la cual la objetividad del conocimiento sociológico consiste precisamente en la comprensión de *formas sociales que, todo y siendo fundadoras de la vida colectiva, de ninguna manera se rigen por las premisas de la objetividad de las ciencias naturales*. Según Durkheim, la religión «constituye» (proporciona forma y figura) a las sociedades, más que ninguna otra dimensión, ciñéndose a un tipo de comportamiento que por nada se «corresponde» con el de los fenómenos del mundo físico. En consecuencia, el conocimiento de esa lógica no resulta «transparente»: ni para el observador científico que mira en la dirección equivocada si busca causalidades ajenas al valor y a la pasión, ni para el actor social, quien se limita a «vivir» la sociedad, pero a condición de no ser consciente de ella. El estudio de la sociedad (en y por el análisis de sus «formas» constitutivas «elementales») también parte, para Durkheim, de una crítica simultánea del sentido común y del discurso científicista.²⁹

b3) Max Weber

Finalmente, la reflexión weberiana sobre la «objetividad» está íntimamente relacionada, como sabemos, con su investigación sobre la modernidad y sobre los procesos de racionalización. Existe para él una racionalidad movida por valores, por pasiones, por convicciones, que nada tiene que ver con la ciencia. Sirve para explicar determinados tipos de acciones. Pero, sobre todo, sirve para que a su vez la ciencia la explique como una forma particular y sesgada, contingente e inconstante, emotiva y acomodaticia, de establecer la finalidad de las acciones. A esta *wertrationalität* se le opone otra, más completa y consciente diríamos, más «moderna» (o sea, más apta a los requerimientos de la acción y de la interacción en sociedades como las nuestras): la *zweckrationalität* o búsqueda de los mejores medios para lograr determinados fines.

29. En *Les formes élémentaires de la vie religieuse* (1912), el problema que se plantea es el de la fundamentación normativa, axiológica, de la vida social. Una de las maneras de leer dicho libro es considerarlo como una fundamentación sociológica de las formas simbólicas que producen la cohesión social. Aquella «conciencia colectiva que ya aparecía en *De la division du travail social* no constituye tan sólo un basamento mitológico o mágico en la medida en que, igualmente, constituye el núcleo primitivo del que fue surgiendo el pensamiento científico. Negando por improcedente la explicación del conocimiento científico en puros términos de una superación de la subjetividad por la objetividad, Durkheim insistirá, al contrario, en las relaciones que se mantienen entre, p. e., las formas científicas de clasificación y de explicación y las imágenes religiosas del universo, indicando que es la vida colectiva la que permite explicar las relaciones que se establecen entre experiencias y categorizaciones, formando ambas parte de una misma concepción de la objetividad científica.

Es esta racionalidad en el uso de los medios lo que parece útil emparentar con nuestra problemática de la objetividad.³⁰ Porque no sólo se opone a formas del entendimiento más ligadas a la espontaneidad del prejuicio y la evidencia, o a la sujeción de las creencias y las tradiciones, sino que también contradice la forma «realista», «objetivista», «cientificista» de comprender la objetividad.

Porque si los medios son homologables científicamente (se rigen por el cálculo y la previsión, por la economía de medios, por la separación de las motivaciones subjetivas respecto de los mecanismos objetivos... tal y como sucede con la empresa), los fines sociales a los que sirven de ninguna manera son científicos: ni corresponden a la lógica de investigación propia del estudio de los fenómenos naturales, ni cabe ante ellos una tajante separación sujeto/objeto que contradeciría la concepción weberiana de la objetividad como una «comprensión»/«interpretación»/«explicación» de la actividad social, que arroje luz sobre su funcionamiento causal.³¹

c) Si Marx, Weber y Durkheim pueden ser considerados entre los más relevantes teóricos de la sociología moderna es, precisamente, por su forma (singular y complementaria) de haber *replanteado los fundamentos de la objetividad, ajustándolos a los requerimientos de un terreno propio*, que no puede ser estudiado como se estudian las ciencias naturales.

Los tres se oponen a lo que, apoyándose en Max Weber,³² Bourdieu llamará las «evidencias del sentido común»: por la vía de postular el carácter «exterior» (ED), «determinado» (KM) y «significativo» (MW) de los hechos sociales.³³

Los tres plantean igualmente una serie de exigencias de objetividad independientes del cientificismo:

30. Tal nos parece la línea argumental principal de la síntesis de Julien Freund, *Sociología de Max Weber*, PUF, París, 1966, pp. 15-28.

31. La especificidad de la sociología weberiana consistiría, entonces, en no haber separado las estructuras sociales de la actividad del hombre. Su objetividad es «comprensiva» en cuanto que precisamente intenta reunir en la misma mirada los elementos exteriores más cristalizados y los interiores más proteiformes. Al no contentarse únicamente con una mirada exteriorista, la complementa con una «interpretación» de lo que los datos objetivos «significan» del punto de vista de la acción individual. La «explicación» sociológica objetiva no es, así, otra cosa que una síntesis entre la elaboración de leyes generales y la justa ubicación de la experiencia humana en dicho marco exterior.

Para estos problemas, ver Max Weber, *La acción social: ensayos metodológicos*, Península, Barcelona, 1984, pp. 112-190; *Economía y sociedad*, FCE, México, 1964, pp. 5, 20, 328, etc. Cf. también Julien Freund, *o.c.*, pp. 76-115.

32. Max Weber, *El problema de la irracionalidad en las ciencias sociales*, Tecnos, Madrid, 1985, pp. 80, 110, 152, etc.

33. P. Bourdieu, *El oficio de sociólogo, o.c.*, pp. 30 y ss.

— Penetrar en el mundo social como en un mundo desconocido, sin correspondencia (ni lógica ni metodológica) con el mundo natural.³⁴

— Desconfiar sistemáticamente de lo que parece «an-histórico» o «extraterritorial» (vale decir: de todo aquello que parece evidente, unánime, fruto de la experiencia inmediata, etc.).³⁵

— Explicar el mundo social, no en función de versiones ya existentes (ni las de sus participantes, ni tampoco las de sesudos «auditores» de cientificidad), sino mediante un discurso que se acomode a la lógica específica de la situación.³⁶

De acuerdo con sus teóricos modernos, la objetividad posible de la explicación sociológica no será tanto positivista como «interpretativa», no será tanto individualista como «holista», no será tanto axiomática como «experimental», no será tanto conductista cuanto «normativo-simbólica».³⁷

Son diversas y complementarias maneras de afirmar que la sociología ha buscado habitualmente una objetividad que no era de tipo «realista» (pretendiendo que su investigación toca con los dedos los hechos objetivos, por el hecho de describirlos y nombrarlos). Ha perseguido antes que nada una objetividad que podríamos considerar «constructivista»: los hechos que estos tres autores analizaron (desde el suicidio a la empresa) no eran hechos «reales» (ni en el sentido de «evidentes», ni en el sentido de «exteriores») sino hechos «construidos». Sus operaciones explicativas iban fi-

34. Oponiéndose simultáneamente:

— a la tendencia a considerar el mundo social como mera amplificación del mundo individual, de lo que da cumplida cuenta, p. ej., *El suicidio*;

— al prurito de extrapolar conclusiones parciales de unas sociedades, como en el caso de la definición «occidental y cristiana» del capitalismo propuesta en *La ética protestante...*;

— a la tentación de aplicar al presente teorizaciones referidas a una situación pasada, como lo ejemplifica la «revolución copernicana» producida por Marx al situar el proceso de trabajo como fundamento explicativo de toda la vida social y de las producciones de la conciencia.

35. Vale decir: desconfiar sistemáticamente de lo que parece «transparentes», oponiéndose tanto a las conclusiones de una lectura directa de los datos de la realidad social (véase el uso de las estadísticas en los estudios sobre el suicidio y sobre la ética protestante), como a la fácil acomodación a lo que «todo el mundo» cree o piensa.

36. Procurar combatir toda clase de discursos previos (espiritualistas, psicologistas, artificialistas), insistiendo en que existe conocimiento de la sociedad si se logra elaborar una interpretación que dé cuenta de los nuevos elementos en juego, superando los límites de las explicaciones de hechos tal vez parecidos, pero pertenecientes al pasado.

37. Es la forma como Tom Campbell redefine la situación. Ver *Siete teorías de la sociedad*, Cátedra, Madrid, 1985, pp. 42-59.

nalmente, como diría Bachelard, «de lo racional a lo real», buscando construir un modelo explicativo y aplicándolo a hechos más o menos «rapsódicos», más o menos «lógicos», con la intención de ver hasta qué punto podrían calzar con la realidad.

2.2. Sobre la «universalidad» del conocimiento sociológico

Como consecuencia de su etapa positivista, la sociología también padeció cierta *nostalgia* «legalista». A fuerza de acoplarse al discurso nomotetista dominante, terminó pensando que el carácter idiográfico de sus observaciones constituía un verdadero «obstáculo», y que únicamente sería capaz de removerlo aprendiendo a detectar la universalidad de los casos particulares y comprendiendo que sólo hay ciencia de lo general y constante, incluso en aquellos casos en que se tuvieran por delante fenómenos cambiantes e irrepetibles.

a) *La lección del positivismo caló, en uno u otro aspecto, en los grandes teóricos «fundadores» de la sociología moderna.*

Tanto Marx como Durkheim buscaron, desde ópticas diferentes, las leyes constantes y permanentes de constitución de la sociedad.³⁸ Los tres concibieron la transformación de la sociedad de forma bastante «emanacionista» (el futuro conteniendo el presente), «evolucionista» (el futuro desarrollando el presente) y «progresista» (el futuro mejorando lo presente).³⁹

Eran formas tentativas de tomar partido positivo en aquel debate tradicional entre lo «nomotético» y lo «idiográfico». Eran intentos de pasar de los principios éticos a las leyes científicas y, por esa vía, de las impresiones particulares al enunciado de relaciones constantes, generales, uniformes, formalizables. Eran esfuerzos, en consecuencia, por hacer pasar la sociología del dominio del saber privado al de la opinión pública.

b) También en el tema de la capacidad legisladora de la «ciencia social» las clarificaciones más decisivas procedieron finalmente de la «práctica

38. En la huella del Comte de los «tres estados», Durkheim interpretará la evolución de las formas sociales en función del tipo de solidaridad. Sin olvidar la bien conocida preocupación determinista de Marx, atento a explicitar una sucesión relativamente predeterminada de etapas históricas.

39. La taxonomía de los «modos de producción» no ha dejado de mostrarse difícil de aplicar fuera del ámbito europeo... Las etapas del «crecimiento económico», de la «modernización» o de la «racionalización» muchas veces no sugieren otro «cambio» que la sustitución de una teoría por otra, sin que sea posible descubrir empíricamente una graduación en etapas que se deduzca realmente de la presencia de factores endógenos.

teórica» vinculada a los autores estudiados. *Al hilo de una acerada crítica al postulado de la «naturaleza humana»* (considerado como el instrumento decisivo de «universalización» utilizado por las teorías sociales clásicas, desde los filósofos griegos hasta los enciclopedistas y Rousseau), algunos teóricos de la sociología fueron poco a poco entreviendo que *también las teorías cosmológicas y científicas modernas se apoyaban en parecidos presupuestos* y que, aunque con ayuda de terminologías muy actualizadas y contando con el peso abrumador de la autoridad del discurso científico, no hacían más que referirse, como en un eco amplificado, a las mismas grandes cosmogonías tradicionales (tildadas por ellas mismas de conocimiento vulgar). Fue por el canal de una crítica general a la «falacia naturalista» que la sociología moderna, paradójicamente, e incluso contrariando su discurso aparente, se fue transformando en un dispositivo epistemológico antipositivista. Veamos, en apretado resumen, cómo razonaba la teoría sociológica moderna.

Lo que le permitía a cierta sociología soñar con las categorías de universalidad y generalidad que las ciencias naturales le atribuían a sus propios principios rectores, a sus definiciones y a sus explicaciones, era constatar que disciplinas como la física y la biología se apoyaban en una misma y básica creencia subyacente: la existencia de una «naturaleza humana». El «orden» que la «ciencia» estaba llamada a estudiar era aquella realidad exterior al individuo, independiente de él y representada antonomásticamente por la «naturaleza» (la *physis* aristotélica). Esa naturaleza, según las ciencias naturales no se cansaban de constatar, se caracterizaba por una aparición fenoménica de tipo uniforme, ordenado, repetitivo, observable hasta el cansancio, previsible hasta hacer posible cierto conocimiento del futuro, formalizable, medible, comparable. Por extensión de lo que ocurría con los «tres reinos» de la creación, terminaron siendo íntegramente asignadas por igual al «reino humano». También el hombre estaba dotado de una forma (*eidós* platónico) constante y permanente. Y también, en consecuencia, esa forma humana podía ser objeto del mismo conocimiento universalista capaz de medir, de formalizar; en suma, de «legislar».⁴⁰

Reivindicar (o presuponer) una naturaleza humana fija y permanente suponía poder analizar la vida social, independientemente de las condiciones históricas y sociales que la constituían. Los marxistas pudieron hablar de leyes necesarias de la historia, eternizando en la naturaleza lo que por otra parte se afirmaba ser producto de la historia. Durkheim legislaba sobre la evolución general de la sociedad, basando la especialización de la so-

40. Útiles precisiones en Leslie Stevenson, *Siete teorías de la naturaleza humana*, Cátedra, Madrid, 1984, pp. 15-22.

ciudad en un sistema de valores (cf. su *División del trabajo social*), y por lo mismo, y en contra de lo que plantearía posteriormente en las *Reglas del método sociológico*, explicando de alguna manera lo social por algo más que lo puramente social: lo demográfico y lo biológico.

c) Weber fue acaso el primero en lograr establecer, con alguna claridad y en la práctica, una sociología sobre bases ajenas al postulado de la naturaleza humana, desechando tanto los prejuicios naturalistas como ciertas síntesis *a priori* conducentes a probar la universalidad de algunas leyes históricas por el puro argumento de su fuerza o su contenido teleológicos.

Valdría la pena releer a Weber escogiendo como hilo conductor su voluntad de *refundar la sociología sobre bases ajenas al positivismo universalista, determinista y teleológico*. Enemigo encarnizado de cualquier espíritu de sistema, consideraba que, en el estado actual de la disciplina sociológica (hoy en día podría, seguramente, afirmarse lo mismo), resultaría imposible edificar sistemas teóricos mínimamente generalizables y definitivos. Consideraba su propio sistema conceptual con sus definiciones, descripciones y explicaciones, como únicamente un «punto de vista», al que seguramente cabría oponer otros enfoques, acaso tan justificados como el suyo propio.⁴¹ La síntesis marxista de todo el pasado, presente y porvenir de la humanidad, abrazando en una sola mirada el conocimiento y la práctica, no podía dejar de parecerle algo insensata y seguramente anticientífica, incluso en el sentido «realista» del carácter universal y concluyente de las observaciones aportadas.⁴² Sin dejar de lado que las pretensiones durkheimianas de establecer una sociología enteramente positiva y autónoma, independiente de toda hipótesis metafísica y lapidaria con los juicios de valor, no sólo no le parecían reflejadas en la obra investigativa del sociólogo francés (según el alemán, Durkheim nunca alcanzó a distinguir entre juicio de realidad y juicio de valor), sino que se le antojaban imposibles de lograr y hasta innecesarias de cara a una correcta evaluación de la acción humana: consideraba errada una clasificación de las ciencias en base a una cuadrícula artificial de la realidad en fenómenos físicos, biológicos, psíquicos, sociales, etc., los cuales serían considerados mutuamente (y equivocadamente) irreductibles.⁴³

El interés de la investigación weberiana radica en el hecho de situarse en las antípodas de una taxonomía epistemológica que transformaba los actos o etapas del conocimiento en «niveles» o «planos» (uno nomotético

41. Julien Freund, *o.c.*, p. 9.

42. Max Weber, *Essais sur la théorie de la science*, Plon, París, 1965, pp. 202-204.

43. Max Weber, *o.c.*, p. 291.

y el otro idiográfico) unidos por lazos de dependencia de lo general sobre lo particular.

La construcción de una teoría siempre conlleva varias etapas: definición, descripción, explicación.⁴⁴ La descripción constituye, como sabemos, un primer ordenamiento de la multiplicidad observada. La selección que durante ella se opera, Weber la dirigirá alternativamente en dos direcciones complementarias:

— En una dirección homogeneizadora, que insistirá en lo común, en lo general, que podrá ser denominada nomotética (en la medida en que del conjunto de casos observados induzca a generalizaciones más o menos consistentes) y que Weber considerará una *etapa «generalizadora»*.

— Y una dirección diferenciadora, que subrayará lo diferente, lo específico, lo particular, que algunos podrán llamar idiográfica (en tanto produce taxonomías o clasificaciones o «tipologías») y que Weber concebirá como una *etapa «individualizante»*.⁴⁵

Ambos momentos se reiterarán en la fase explicativa, lo que le llevará a comprender que *las «leyes» que a la sociología le son posibles son de tipo inductivo, tipológico, interpretativo y conjetural*,⁴⁶ ya que la realidad exterior es inagotable y de ninguna manera la particularidad de un solo enfoque sería capaz de agotar, apresar, las ricas y móviles manifestaciones de la realidad.

d) A pesar de situarse en un contexto teórico de bastante indefinición, de todas maneras *Marx y Durkheim desarrollaron (a menudo de forma menos explícita y desarrollada que Weber) algunas dimensiones de esta crítica al esquema universalista de la sociología positivista.*

De la división del trabajo social supone, de parte de Durkheim, una revisión bastante profunda del criterio comtiano (y luego spenceriano) sobre los factores del cambio social. Durkheim busca un sistema de causación más plausible que el expresado en la ley de los tres estados y cree encon-

44. Seguimos en esto a Tom Campbell, *o.c.*, pp. 20, 35, etc.

45. Método causal y método histórico constituyen, ambos, el fundamento de la legalidad sociológica. *Cf.* Max Weber, *o.c.*, p. 321.

46. Tales son las características que Max Weber desarrolla en los citados *Essais...*, entroncando el problema de establecer leyes sociológicas con la determinación de las características del «tipo ideal». «Se obtiene un ideal tipo acentuando unilateralmente uno o varios puntos de vista y encadenando una multitud de fenómenos aislados, difusos o discretos, que a veces se encuentran en abundancia, otras veces de vez en cuando y a veces, finalmente, nunca en absoluto: se los ordena según puntos de vista escogidos previa y unilateralmente a fin de elaborar un pensamiento homogéneo» (pp. 181 y ss.).

trarlo correlacionando las transformaciones de la división del trabajo humano con la aparición de nuevas necesidades nacidas en/por la interacción social y que no son, como vimos más arriba, de orden utilitario, sino más bien moral.⁴⁷ El criterio explicativo de la cohesión social sigue siendo para Durkheim de orden interno (lo llamará «conciencia colectiva»); pero lo que cambia es el modo de explicación: Durkheim se atiene a la prueba de los hechos, establece comparaciones, acumula datos, intenta pasar de la afirmación metafísica (en la que frecuentemente siguió inmerso Comte) a la prueba observacional.⁴⁸

Por parte de Marx ocurre una similar situación de fractura irremisible entre un discurso aparente considerablemente positivista, evolucionista y hasta cientista, y una investigación tendente a basar la explicación sociológica, no en la aplicación de leyes generales, sino en la significación histórica de hechos tratados rigurosamente a pesar de su concreción y singularidad. Afirmar desde un comienzo que la cuestión de la verdad objetiva no es teórica sino práctica, y combinar la investigación y la militancia política como dos instrumentos epistemológicos complementarios, significaba reconocer que la acción social (hubiera dicho Weber) era capaz de quebrar el determinismo de las tendencias objetivas de la historia.⁴⁹ De forma similar, el concepto de «revolución» es rigurosamente antitético al de «acumulatividad», explícita o implícitamente postulado por los defensores de un conocimiento científico universal.⁵⁰ No existe un conocimiento universal, no se cansará de repetir Marx, sino tan sólo una representación de ideas afines a ciertos intereses. Marx se debatirá hasta su muerte en esta indecisión entre una sociología legisladora y teleológica y otra hipotética y relativista.

e) Es justamente este último aspecto el que podría hasta cierto punto unificar a los tres teóricos estudiados constituyendo, según nuestro enfoque, un logro fundamental de la teoría sociológica moderna: su *relativismo*.

— Al determinismo extraterritorial y ahistórico de la «ley» (sea ésta «explicativa» o tan sólo «probabilística»), la teoría sociológica moderna

47. Es el punto de vista defendido por S. Giner, *Historia del pensamiento social*, o.c., p. 610.

48. Emile Durkheim, *De la division du travail social*, París, PUF, 1960, pp. 46 y ss.

49. Karl Marx, segunda «Tesis sobre Feuerbach», en *Manuscritos económico-filosóficos*.

50. La evolución de la sociedad no es lineal. El cambio no es acumulativo o incremental. La transformación no se rige por un canon de continuidad. La vida social incluye el salto cualitativo, la sustitución de un molde por otro, el cambio de órbita, en suma la «revolución». Es la problemática que Karl Marx desarrollará en el *Manifiesto* (1.ª parte), la *Ideología alemana* y los *Grundrisse* (prefacio).

opondrá *la contextualización* de cada fenómeno en un tiempo y un suelo tan específicos que de ellos pueden ya surgir las primeras orientaciones analíticas.

— Al imperio de la ley sustituirán *el criterio de la «norma»*, insistiendo en que la explicación sociológica permanece íntimamente ligada al carácter normativo de la vida social, ajena a determinismos abstractos, pero sujeta a la significatividad de los criterios axiológicos.

— A la búsqueda de máxima identificación con un patrón universal, la sociología opondrá la constatación de *la similitud*, con el consiguiente desarrollo del método comparativo, de la tipología y de las taxonomías.

— Del determinismo *a priori*, a la sociología no le quedará más remedio que emigrar hacia la aceptación de *ciertas zonas de indeterminación*, de inabarcabilidad, de imprevisibilidad (mucho menos acusadamente en Durkheim que en los otros dos).

— Y, último rasgo de un relativismo compartido por los modernos: del criterio acumulativista de la ciencia clásica se pasará a reconocer progresivamente el *carácter inconmensurable de las teorías sociológicas* (incomparables entre sí, al representar sólo algunos de los enfoques posibles; incomparables con versiones pasadas, al corresponder unas y otras a situaciones históricas que de entrada se reconocen irrepetibles y dotadas de sistemas significativos diferentes).

De su definición de ley (no universalizable, aunque no por eso menos significativa), la teoría sociológica pudo edificar su noción de «verdad»: verdad relativa y relacional, histórica y no teleológica, hipotética, no acumulativa. ¡Todo un remezón al árbol del discurso científicista!

2.3. Comentarios sobre la «autonomía» del método sociológico

Sobre unos fundamentos tan arduamente contruidos por los primeros teóricos, la sociología podía sentirse más segura de la originalidad de su propio pensamiento, y podía comenzar a desenterrar uno de los temas tabúes de su historia: el de su mayor o menor autonomía respecto de las ciencias naturales. A toda teoría sociológica le llega su «hora de la verdad» cuando acepta plantearse sin rodeos una pregunta que afecta a su propia identidad: *¿qué autonomía atribuirle al esfuerzo teórico y metodológico de la sociología?* Pasaremos, sintéticamente, revista a ciertas formas modernas de responder a este interrogante.

a) Siempre que el *método científico* ha reivindicado su «autonomía» quería expresar básicamente dos cosas:

— Que es el único capaz de generar sistemas completos de definiciones formales, de descripciones verosímiles y de explicaciones fecundas.

— Que es el mejor porque sus definiciones, descripciones y explicaciones constituyen el fundamento expreso, o al menos el hilo conductor lógico, de todas las otras disciplinas de conocimiento (siempre incompletas éstas, siempre en vías de constitución y desarrollo).

Correlativamente: siempre que la sociología (o cualquier otra ciencia social) reconocía su escaso desarrollo autónomo quería expresar:

— Que se reconocían dependientes desde el punto de vista formal (lógico).

— Que incluso deseaban mantener el cordón umbilical operativo (metodológico).

En el reconocimiento de esta *dependencia respecto del método científico* la sociología siempre ha puesto de manifiesto la presencia de un *tercer «obstáculo»* al conocimiento riguroso de la sociedad al que podía aspirar: su confusa identidad metodológica.

Ya hemos ido anotando de qué forma la tendencia metodológica de la sociología pareciera orientarse, a poco que se lo permitan, en una dirección diferente a la de las disciplinas naturales:

— Utilización de la inducción, de la analogía y de la comparación.

— Fundamentación en hechos particulares sin exigencia sistemática de generalización.

— Objetividad normativo-simbólica y constructivista.

— Reconocimiento de la dimensión axiológica.

Pero esa «especificidad» reconocida (en los papeles) por Comte y reivindicada (como principio) por Durkheim, Marx y Weber, no parecía conducir a una mayor autonomización, en virtud de las propias *características del mencionado obstáculo epistemológico*:

— *Falta de ruptura de lazos con el saber del sentido común.*

— *Falta de ruptura de lazos con el discurso científico positivista.*

De la primera característica la sociología siempre se hizo eco. No ha habido teórico relevante que no haya denunciado la tendencia a una excesiva sumisión del posicionamiento sociológico a la «opinión pública» (forma contemporánea de llamarle a la sistematización/manipulación de ese

conocimiento de la vida cotidiana que siempre ha sido el llamado conocimiento vulgar): sea que se amoldara a sus demandas, sea que codiciara su aprobación y su aplauso. De dicha sumisión se ha seguido el hecho que, a diferencia de lo que sucede, por ejemplo, en las ciencias físicas, ha escaseado en la sociología tanto el debate intradisciplinario (acaso por escasez de formas institucionales de sociabilidad intrasociológica) como el interdisciplinario (acaso por falta de claridad sobre la formulación específicamente sociológica de problemáticas comunes a todas las ciencias sociales).

De la segunda característica los sociólogos modernos fueron poco conscientes, salvo en algunas obras de madurez: *Capital*, *Reglas*, *Ensayos sobre la teoría de la ciencia*. Esta situación podría dar lugar también a fructíferas relecturas de los tres sociólogos: constatar la lucha de la teoría sociológica en pos de una creciente autonomía lingüística. Como en toda disciplina «de aluvión», la gran mayoría de los conceptos utilizados por la primera sociología provenían de otras disciplinas y, particularmente, de algunas de las más prestigiosas e influyentes para la fijación de los discursos colectivos (tanto «doctos» como «vulgares»). De la física newtoniana procedieron categorías decisivas para la conceptualización sociológica como, por ejemplo: sistema, equilibrio, presión, fuerza, tensión, revolución, reflejo, nivel, estructura, etc. De la biología, por su parte: raíz, cuerpo, célula, organismo, consenso, crecimiento, normal, patológico, etc. Y de la filosofía (política, ética o jurídica), a su vez prestataria de las anteriores disciplinas: regulación, norma, legitimidad, autoridad, manipulación, complot, bien común, etc. Podemos reconocer, sin dificultad, la utilización de estos vocablos (y de bastantes otros de similar procedencia) en la configuración de la teoría sociológica moderna más consistente.⁵¹

Sucede que cada uno de estos conceptos posee una serie de connotaciones (sentidos propios cristalizados) y otra serie de denotaciones (usos prácticos normalizados), configurando lo que William James ya había denominado «halo semántico». Se trata, en cada caso, de conceptos creados y utilizados para otros fines y que fueron «entrando» en la sociología sin pasar por la aduana de la propia lógica lingüística, en aquel entonces prácticamente inexistente. Al no controlar la significación de esos términos, al no redefinirlos en función del fenómeno a explicar, podía ocurrir (y ocurrió, en la teoría sociológica, con cierta frecuencia) que nos pensáramos que tal

51. Citamos una serie de pistas en las que nos apoyamos para formular una problemática a la que deseáramos volver en otra ocasión con más detalle: G. Lakoff y M. Johnson, *o.c.*, cap. 4, 6 y 13. Gilbert Durand, *Les structures anthropologiques de l'imaginaire*, Bordas, París, 1969, pp. 15-66. G. E. R. Lloyd, *Polaridad y analogía*, Taurus, Madrid, 1987, 1.ª parte; cap. 1; 2.ª parte, cap. 4. Félix Ovejero, *De la naturaleza a la sociedad*, Península, Barcelona, 1987, cap. 5.

o cual concepto ya había «explicado» lo que únicamente tenía como misión estricta «definir».⁵²

b) La sociología «positivista» (y en el mismo surco buena parte de la sociología posterior) fue consciente del peligro, pero sólo en lo referido al control del lenguaje cotidiano. Para evitar el contagio de las nociones por las prenociones, cultivaron una serie de instrumentos metodológicos, patentes en la lectura de estos autores:

- Tendencia a desechar el habla ordinaria.
- Elaboración de una jerga propia (es decir, de un lenguaje instrumental caracterizado por: definición previa, conceptualización operacional, capacidad de formalización de las categorías utilizadas).
- Tendencia a la cuantificación de los fenómenos observados.⁵³

Así saldaban sus cuentas con el lenguaje común. Pero ni explicitaban la lógica interna de éste (requisito indispensable para redefinir y depurar un lenguaje de gran utilidad potencial, ya que, finalmente, constituye el sedimento y el instrumento de toda observación sobre la sociedad), ni, todavía menos, encaraban la crítica del lenguaje científico, en el que siguieron más o menos inmersos.

c) *Sólo en su período de madurez, y muy particularmente a la luz de sucesivas relecturas contemporáneas, los sociólogos modernos comenzaron a buscar un posicionamiento más autónomo.*

En el entendido que la investigación sociológica, en cuanto observación empírica y sistemática, controlable y controlada, comenzó realmente con aquellos autores que aquí llamamos «modernos», lo primero que encontraron (igual le sucede a cualquier disciplina cuando toma un rumbo estrictamente analítico) fueron ciertos problemas y ciertos campos de observación (indicio de una especificidad reclamada por todos ellos). Ambos aspectos constituyen las dos caras de esa moneda llamada «realidad»: situaciones que requieren solución (o sea, disfunciones sociales que exigen algún tipo de transformación o cambio) y situaciones que requieren explicación (es decir, una comprensión tal de los datos que haga posible su modificación).

Los primeros intentos positivistas de solución/explicación fueron considerados por los modernos, o bien «intuicionistas» (la crítica que Marx dirigirá por un lado a Feuerbach y por otro a Stirner va, justamente, en esa

52. Pierre Bourdieu, *o.c.*, pp. 39 y 42.

53. Entre el primer positivismo y la sociología durkheimiana se podría acaso trazar una línea que culminaría en las *Reglas* y en una insistencia en la urgencia de encontrar para la sociología el camino de su dignidad y autoridad por la vía de «adoptar el carácter esotérico que reconoce toda ciencia».

dirección: creer que los fenómenos colectivos se comprenden por referencia a los esfuerzos esclarecedores de conciencias puramente individuales capaces de captar fenómenos en última instancia «transparentes»),⁵⁴ o bien «naturalistas» (Durkheim «historiza» la explicación sociológica, dirigiendo su crítica tanto hacia los que ven la estructura fuera del proceso evolutivo, como hacia aquellos otros que comprenden dicha evolución mediante «factores» ajenos a la propia e intrínseca realidad social),⁵⁵ o bien «miméticos» (Weber argumentará que es el objeto específico de la ciencia social quien exige la superación de los de otras disciplinas).⁵⁶

Y si bien es cierto que, a la luz de sus investigaciones, la búsqueda del rigor estaba ligada a la aplicación de aspectos básicos del método científico (plantear la hipótesis de relaciones entre observables; describir entre ellos ciertas regularidades), también es verdad que consideraban vedado aquello que constituye el «climax» de la aplicación de dicho método: la explicación de un fenómeno en función de sus condiciones de repetitibilidad (observables y hasta experimentables).

Pero si una aplicación rígida del método hipotético-deductivo empezaba a hacer aguas con vistas a una explicación de la vida social, también se volvía necesario cuestionar la anterior (y la propia) utilización excesivamente servil de los otros dos elementos constitutivos de una teoría científica: la definición y la descripción. El camino de autonomización de la teoría sociológica ha estado, a nuestro juicio, ligado a la redefinición de cada una de las etapas lógicas de constitución de su propia teoría. Recordemos brevemente cada paso de ese camino.

Un rasgo indispensable de la autonomía de la sociología es su *autonomía conceptual y lingüística*. «Creemos llegado el momento (afirmaba Durkheim en sus *Reglas*) de renunciar a los éxitos mundanos... y adoptar el lenguaje esotérico que reconoce toda ciencia.»⁵⁷ Cuando escribía estas líneas ya se podía entender que su propuesta no significaba tanto ni tan solo (en su polémica con el lenguaje cotidiano) la adopción de una *lingua franca* incomprensible para no iniciados (aunque, a menudo, vacía de contenido también a ojos de los expertos). Significaba una redefinición de conceptos y de problemáticas, apoyándose en la decantación de ciertos «acuerdos» sobre lo que se podría considerar un enfoque específico.⁵⁸ Si algo nos han

54. L. Althusser, *Teoría, práctica y formación teórica*, Casa de las Américas, núm. 34, La Habana, 1966.

55. Félix Ovejero, *o.c.*, p. 218.

56. Julien Freund, *o.c.*, cap. 2.

57. Ver nota 53.

58. Para una redefinición de la objetividad, la ley y la autonomía metodológica, ver E. Durkheim, *Règles, o.c.*, pp. 35, 84, 95.

legado los grandes teóricos modernos, es precisamente la convicción de que el posible territorio autonómico de la sociología tendría que estar delimitado por ciertos principios específicos adoptados de común acuerdo. La obra de estos tres autores supone, como resultado común, la explicitación de al menos tres grandes «principios» constitutivos de la sociología:

— El *principio de totalidad*, axioma constitutivo a nivel metodológico, afirmación del punto de partida inescusable de cualquier explicación sociológica: *la sociedad es unidad*.

— El *principio de polaridad*, axioma constitutivo a nivel lógico o argumental, postulación de una regla de lectura fundamental, tanto de la realidad como de su teoría: *la sociedad es antinomia*.

— El *principio de utilidad*, axioma constitutivo a nivel operativo o político, afirmación que *la sociedad es transformación*, vale decir que cambia, va hacia lo mejor, según algunas versiones de una forma direccional y acumulativa, según otras de manera discontinua.

A partir de tales acuerdos, es posible especificar un poco más nuestra hipótesis: la teoría sociológica de esos tres autores se fue especificando en subteorías afines (afines acaso no a nivel doctrinal, aunque sí como tributarias de un parecido fundamento epistemológico), entre las que se han destacado nítidamente las siguientes:

— Una taxonomía histórica o *clasificación comparativa de sociedades* (¿qué es la sociedad?, una larga sucesión evolutiva hacia una nueva forma... ¿«comunista»? ¿«orgánica»? ¿«burocrática»?).

— Una *teoría general del conocimiento sociológico* (¿cómo conocer la sociedad?: mediante un esclarecimiento teórico que incluye... ¿una imbricación de los niveles teórico y práctico?, ¿el descubrimiento de móviles de la acción?, ¿un desmigajamiento del fundamento moral de la interacción social?).

— Una *teoría del cambio social* (¿cómo cambia la sociedad?: ¿por acumulación de contradicciones?, ¿por redefinición de consensos?, ¿por reemplazo de élites dominantes?).⁵⁹

59. La hipótesis de una coincidencia epistemológica entre estos tres autores (más allá de sus divergencias doctrinales) está enunciada en repetidas ocasiones en la obra de Pierre Bourdieu, especialmente en el ya citado *El oficio de sociólogo*. El desarrollo de esta hipótesis podría apoyarse en el concepto de «episteme» desarrollado por Michel Foucault (*Las palabras y las cosas*) y que, como se notará, encuentra su consonancia con la orientación anterior, a partir de la común orientación bachelardiana de ambos autores.

Segundo rasgo de autonomía: la *autonomía legislativa*.

La sociología no se aleja tanto de la ciencia natural ni por la concepción de la hipótesis (el conocimiento sociológico también comienza postulando propiedades latentes que permiten explicar correlaciones ya observadas), ni por el modo de argumentación (lo que aportó la teoría sociológica moderna fue justamente una serie de modelos explicativos de los mecanismos subyacentes al fenómeno observado). Su punto distintivo está, más bien, en una forma peculiar de elaborar sus leyes. Si quiere demostrar que un mecanismo funciona efectivamente de la forma modelizada, la sociología no puede lograrlo de forma directa. Sus vías han de ser más intrincadas y sutiles: las de la inducción, las de la comparación tipológica, las de la significatividad, las de la conjetura verosímil.

Sus leyes no son la confirmación de postulados *a priori*: más bien son reglas que *describen a posteriori* el funcionamiento del fenómeno observado.

El mecanismo legislador de la ciencia positivista era la «deducción»; el argumento de las ciencias sociales será (igual, por cierto, que en la ciencia física contemporánea) el desarrollo del concepto cuantitativo de «probabilidad», concepto bifronte que reconoce un grado de azar en el desarrollo de fenómenos en los que siempre está presente cierta afirmación subjetiva y que se presenta sin embargo como un intento de matematización de las *chances* objetivas que un fenómeno se produzca de cierta manera.

Las leyes de la sociología son «aproximativas», es decir, *hipotéticas*: en ese punto parecerían correr con desventaja en relación a las leyes matemáticas.

Al mismo tiempo, las leyes de la sociología son «*significativas*», es decir, no apoyadas en algoritmos sino en conjeturas fundadas: posibilidad ésta ajena a las matemáticas.⁶⁰

Tercer rasgo de autonomía: la *redefinición de su criterio de utilidad*.

La tecnología pareciera ser la prueba de la utilidad de la ciencia natural: las ciencias duras son capaces de diseñar métodos que hacen posible todo tipo de productos; de esos métodos se alimentan buena parte de las otras ciencias (naturales o humanas); lo que da autonomía a las ciencias duras sería entonces lo que las hace útiles.

La sociología capta esta situación de partida y comprende que si está claro que no puede apoyar su carácter útil limitándose a ser una verbaliza-

60. Sobre el problema de la constitución de leyes en ciencias sociales, ver, p. ej., Jean Piaget, *La situation des sciences de l'homme et le système des sciences*, en *Tendances principales de la recherche dans les sciences sociales et humaines*, UNESCO, París, 1970-1978, vol. I, pp. 1-65.

ción docta de lo que ya afirmaba el sentido común, comienza a ser igualmente nítido para ella que su utilidad tampoco depende del grado en que la investigación sociológica complazca la exigencia de responder a los interrogantes últimos de los poderes de turno sobre el porvenir de nuestra cultura.⁶¹

La «utilidad» de la teoría sociológica no se revela a niveles organizativos sino, antes que nada, a niveles gnoseológicos. A la sociología decimonónica se le exigía reorganizar un futuro incierto en forma de reactivación del pasado dirimido: una parte mordió el anzuelo; otra parte se atuvo a la ingrata e «inútil» tarea crítica.⁶² Actualmente sigue sucediendo lo mismo...

61. La obra de Jürgen Habermas hace posible una útil reactualización de la crítica marxista y weberiana de la «razón instrumental». Ver *La technique et la science comme idéologie* y *Connaissance et intérêt* (ambos: Gallimard, París, 1973); también *Teoría de la acción comunicativa, o.c.*, tomo I, pp. 465-492.

62. Jesús Ibáñez, *Del algoritmo al sujeto*, Siglo XXI, Madrid, 1985, pp. 93, 111.